

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 233.—15 de Noviembre de 1879.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

## LA CARIDAD EN ÁVILA.

---

LA CAJA DE AHORROS, EL MONTE DE PIEDAD Y LAS CAJAS ESCOLARES.

Personas hay que no ven en las Cajas de ahorros más que establecimientos donde se depositan con seguridad fondos, que devengan rédito, los cuales pueden sacarse siempre que lo desea el imponente, al que se admiten pequeñas cantidades. Ventajas son estas de mucha importancia, y grandes servicios hacen al pobre recibiendo sus economías, y teniéndolas á su disposición el día en que la enfermedad ó la falta de trabajo le privan de medios de subsistencia.

Pero si el bien material y directo es el más perceptible, no es el único ni el mayor: á nuestro parecer el mayor bien consiste en contribuir á la moralidad de los imponentes dando facilidades para que depositen con ventaja sus ahorros, por pequeños que fueren; siendo de notar, que la importancia económica suele estar en razón inversa de la moral y á la menor suma corresponder el mayor mérito. Las economías del pobre son un certificado de buena conducta; cada moneda economizada significa una lucha perseverante, triunfo sobre apetitos y tentaciones, á veces sacrificios verdaderos, no de esos que se hacen en un momento de entusiasmo, ó por deseo de aplauso ó temor

de vituperio, sino de los que exigen perseverancia y se realizan en silencio y sin testigos por convencimiento razonado ó abnegacion generosa. El gran valor que posee el pobre al ir á la Caja de ahorros, no es el que deja allí, sino el que lleva consigo, que se halla unido íntimamente á él, y no está sujeto á los cambios de la suerte ni á las vicisitudes del crédito. Un incendio, un terremoto, una inundacion, una conmocion social de esas que lo trastornan todo, pueden privar al imponente de la garantía que aseguraba las sumas depositadas y perderlas; pero lo que está seguro, lo que no depende de los elementos que se desencadenan ni de los hombres que se extravían, es la fuerza de voluntad que se ha adquirido luchando y venciendo; los hábitos de orden, la regularidad de conducta, la perseverancia, la rectitud, la moralidad en fin que suponen las economías del pobre: ellos pueden perderse, pero el progreso y perfeccion moral á que han contribuido son un bien seguro, y que hasta bajo del punto de vista pecuniario tienen más valor que las sumas ahorradas, porque no hay capital tan productivo como la moralidad, ni elemento tan seguro de ruina como la desmoralizacion. Considerando las Cajas de ahorros bajo este doble aspecto, viendo al lado de las ventajas económicas las morales á que contribuyen, nos parece mayor su importancia, y deploramos más el mezquino rédito que suelen proporcionar á los imponentes y que tan desdichado contraste forma con los usurarios que en general pagan los que necesitan tomar dinero á préstamo. Ni nos proponemos tratar hoy este asunto, ni se nos oculta las dificultades que puede haber para aumentar el rédito que se dá á los imponentes de las Cajas de ahorros en muchos casos; pero en otros, nos parece que estas dificultades podrian vencerse si el esfuerzo correspondiese al gran bien de superarlas. En todo caso, creemos útil llamar una vez más la atencion acerca de la conexion íntima que suelen tener las cuestiones morales con las económicas, y cuánto yerran los que prescinden de la influencia que mutuamente ejercen, para resolver unas ú otras.

Si tratándose de hombres, es muy de tener en cuenta la cooperacion que las Cajas de ahorros pueden prestar al progreso moral de los imponentes pobres, tratándose de niños es mucho

más eficaz á cualquiera clase á que pertenezcan. El niño, aun el que esté bien acomodado, aun el que sea rico, hace siempre un esfuerzo, un pequeño sacrificio, á veces grande, en llevar la moneda á la Caja en vez de emplearla en cualquier golosina ó chuchería. El niño no tiene pasiones, pero tiene apetitos vehementes que si no se sujetan á regla pasan luego á ser desordenados: su número es grande, porque para el niño todo lo agradable ó que se lo parece es apetecible, y una gran parte de la educacion consiste en hacer que se abstenga de desear lo que no le conviene ó no puede conseguir. Segun su posicion social, es mayor ó menor el número de aquellos objetos que se acostumbra á mirar como inaccesibles para él, y desde la luna que no puede cojer aunque sea hijo de un emperador, hasta el bollo de dos cuartos que no puede comprar si su padre es un infeliz abrumado por la miseria, hay una série de cosas á que no aspira, porque despues de algunas tentativas infructuosas, comprende la imposibilidad de conseguirlas. Sin duda esta leccion es útil, necesaria; pero se dirige á su entendimiento, no á su voluntad; el niño se abstiene de pedir y aun de desear un gran número de cosas que no ha mucho apetecía, no porque son *perjudiciales* ó *malas*, sino porque son *imposibles*, y este convencimiento es causa del hecho de abstenerse por una determinacion cuyo origen es intelectual, no moral, y que es razonable, pero no meritoria. Si el niño ha de educarse necesita abstenerse de muchas cosas voluntariamente, no porque son imposibles, sino porque son perjudiciales para sí ó para otros, y hacer muchas otras, no porque son fáciles y agradables, sino porque son buenas y útiles. Para esto necesita sobreponerse á propensiones ó apetitos, luchar más ó menos, hacer pequeños sacrificios, grandes tal vez, y entonces, aquella determinacion voluntaria cuyos motivos no son solo intelectuales, es moral y meritoria.

No hay educacion verdadera sin estas determinaciones repetidas que necesitan esfuerzo mayor ó menor para vencer la propension ó el apetito.

Entre las personas que piensan, apenas habrá alguna que no vea que es lucha la vida del hombre; pero hay muchos que no quieren combate para el niño, que desean hacer recreativa su

instruccion, placentera su existencia, de modo que aprenda jugando, sin trabajo, y viva sin mortificacion. Si muere, dicen, ¿á qué violentarle? Si vive, tiempo le quedará de sufrir; dejarle que ahora goce en esa edad feliz en que sin pasiones ni cuidados se puede vivir dichosamente: no es pequeño el número de las personas que opinan así, y se conducen conforme á esta opinion.

No nos parece que el camino de la vida puede sembrarse exclusivamente de flores para el hombre ni para el niño, y éste debe empezar desde muy temprano á ejercitarse en la lucha que ha de sostener durante su existencia. Prescindiremos de la relacion que puede haber entre la facilidad de aprender y la de olvidar, para fijarnos en la necesidad de empezar desde muy temprano á *vencerse*, lo cual no es posible sin luchar y sin sufrir.

Todos más ó menos propendemos á rechazar la idea de hacer sufrir á un niño; pero la ley, por severa que nos parezca, es ley, y dada la imperfeccion humana, como no son buenos *todos los gustos* del niño, hay que *quitárselos* á veces; y como ninguna facultad se robustece sin el ejercicio, hay que ejercitarle en la de preferir su deber á su gusto en aquellos casos en que no son una misma cosa. Sin duda que no deben multiplicarse las impresiones desagradables en una edad que tiene poca tolerancia para el sufrimiento; sin duda que el dolor excesivo que pone á tan terribles pruebas la virtud en el hombre, si no mata, deprava al niño; por eso, además del instinto que impulsa á enjugar sus lágrimas, la razon dice que debe evitarse en cuanto sea posible que las vierta, y no contrariarle sino lo estrictamente necesario para reprimir lo que en él haya de malo, y habituarle á *vencerse* cuando espontáneamente no se siente inclinado al bien.

Pareciéndonos esencial para la educacion que el niño empiece desde muy temprano la práctica de los deberes con los sacrificios que exijan y no sean desproporcionados á sus fuerzas; pareciéndonos que es más fácil graduar que improvisar el esfuerzo necesario para *vencerse*; pareciéndonos que el hábito de sobreponerse á los apetitos es una preparacion para triunfar de las pasiones, hemos de dar suma importancia á las *Ca-*

*jas de Ahorros Escolares*, que contribuyen á moralizar á los pequeños imponentes, cuyas economías, si no significan siempre privaciones, son triunfos de la voluntad recta sobre el capricho, la glotonería, la vanidad ó el egoísmo. El valor pecuniario de la moneda que el niño economiza es bien pequeño comparado con el del esfuerzo que ha necesitado para economizarla, y del hábito que adquiere de contenerse y de poner coto á sus deseos cuando no son ordenados y armónicos con el bien. Si las Cajas de Ahorros en general no contribuyen á moralizar más que á una clase, las Escolares pueden influir en todos, porque dada la volubilidad caprichosa y antojadiza de los niños, cualquiera que sea su posición social, necesitarán vencerse para hacer economías en vez de satisfacer antojos.

Añádase que el ejemplo, tan poderoso para los hombres, tiene mayor eficacia para los niños y más aun el que se dan entre sí, de modo que los económicos ejercen una provechosa influencia en los que no lo son, y el ahorro que revela y fortifica sus buenas cualidades, contribuye á que se perfeccionen imitándolos otros camaradas menos dispuestos á imponerse privaciones para realizar economías.

Dando tal importancia á las Cajas de ahorros, ya se comprende la satisfacción con que hemos visto instalarse la de Avila, y á su lado el Monte de Piedad: estas dos instituciones que no solo se armonizan, sino que mutuamente se dan vida, parece que solo necesitan para existir, que se comprendan sus bienes y sus facilidades. Y siendo aquellos tan evidentes y estas no difíciles de probar, ¿cómo en la inmensa mayoría de los pueblos de España que podrian establecerlas, no tiene el pobre donde llevar sus pequeñas economías cuando las realiza, ni á dónde acudir en sus apuros para librarse de las garras de la usura? Porque faltan personas que tomen la firme y caritativa iniciativa que han tomado en Avila. Allí, como en todas partes, habria *imposibilistas* con su eterna muletilla de *aquí no pueden hacerse esas cosas*; pero allí, como en todas partes se encuentran, hay personas que llevan en su corazón y en su conciencia la fé en el bien y los medios de realizarle, y ellas han podido responder con hechos y con números á los augurios excépticos y egoistas. A los ocho meses de instalados los bené-

ficos establecimientos, alcanzaban los resultados que consignamos á continuacion, y cuya importancia no puede desconocerse, máxime tratándose de instituciones que empiezan y de un pueblo donde no es grande el vecindario ni la riqueza.

#### CAJA DE AHORROS.

Libretas abiertas 411: id. canceladas 38: id. existentes 373.

Resulta que el número de personas que han impuesto cantidades asciende á 411, cifra de verdadera importancia, atendiendo al corto vecindario de esta poblacion.

Imposiciones nuevas 411: Por continuacion 1.615: Total 2.026.—Capital impuesto 56.770 reales.

*Clasificacion gradual de las imposiciones.*—De 2 á 20 reales, 1.674: De 21 á 50, 164: De 51 á 100, 135: De 101 á 200, 27: De 201 á 500, 16: De 501 á 1.000, 6: De 1.001 á 2.000, 4.

#### MONTE DE PIEDAD.

Alhajas.—Empeños 267: Capital 61.716 reales.

Ropas y otros efectos.—Empeños 482: Capital 33.893.

Totales.—Empeños 749: Capital 95.609 reales.

Estos números significan una gran suma de bien moral y material realizado, que debe llenar de satisfaccion á todos los que á él han contribuido: y todavía debe ser mayor la que les produzca ver el éxito de las *Cajas de Ahorros Escolares* de que se puede formar idea por el cuadro siguiente:

Escuela práctica, á cargo de D. Marcelino de Santiago.—Alumnos de que consta esta escuela, 190: fecha de la fundacion de la Caja, 30 de Agosto: libretas abiertas en la Caja Escolar, 128: imposiciones en la misma, 994: libretas abiertas en dicha Caja en la Caja de Ahorros, 113: imposiciones hechas por la Caja Escolar en la Caja de Ahorros, 554: importe de estas imposiciones, 5.372: Reintegros hechos por la Caja de Ahorros, 5: importe de estos reintegros, 249.

Escuela práctica, á cargo de Doña Eugenia Miguelañez.—Alumnos de que consta esta Escuela, 100: fecha de la fundacion de la Caja, 1.º de Setiembre: libretas abiertas en la Caja Escolar, 16: imposiciones en la misma, 76: libretas abiertas por di-

cha Caja en la Caja de Ahorros, 9: imposiciones hechas por la Caja Escolar en la Caja de Ahorros, 25: importe de estas imposiciones, 144.

Escuela del Ayuntamiento, á cargo de Doña Remedios Sanchez.—Alumnos de que consta esta Escuela, 35: fecha de la fundacion de la Caja, 1.º de Setiembre: libretas abiertas en la Caja Escolar, 16: imposiciones en la misma, 65: libretas abiertas por dicha Caja en la Caja de Ahorros, 6: imposiciones hechas por la Caja Escolar en la Caja de Ahorros, 26: importe de estas imposiciones, 172: reintegros hechos por la Caja de Ahorros, 2: importe de estos reintegros, 8.

Escuela pública de niñas en la Inclusa, á cargo de las Hermanas de la Caridad.—Alumnos de que consta esta Escuela, 140: fecha de la fundacion de la Caja, 2 de Setiembre: libretas abiertas en la Caja Escolar, 12: imposiciones en la misma, 50: libretas abiertas por dicha Caja en la Caja de Ahorros, 12: imposiciones hechas por la Caja Escolar en la Caja de Ahorros, 24: importe de estas imposiciones, 235.

Escuela de párvulos, á cargo de D. Venancio García.—Alumnos de que consta esta Escuela, 160: fecha de la fundacion de la Caja 31 de Agosto: libretas abiertas en la Caja Escolar, 37: imposiciones en la misma, 171: libretas abiertas por dicha Caja en la Caja de Ahorros, 26: imposiciones hechas por la Caja Escolar en la Caja de Ahorros, 84: importe de estas imposiciones, 610.

Decimos que la satisfaccion de ver tan lisonjeros resultados debe ser mayor, porque las Cajas de Ahorros Escolares son una dichosa novedad que los buenos hijos de *Avila* han introducido no ya en su pueblo natal, sino en su patria. En efecto, *Avila* es la primera que ha proporcionado á los niños el establecimiento altamente moralizador de la Caja de Ahorros, y á otras poblaciones que debieran haberle dado, un ejemplo que es de esperar que aprovechen. Se ha dicho que el mejor elogio de una buena accion es imitarla, y ese elogio se hace ya de los que han establecido las *Cajas de Ahorros Escolares* que van teniendo imitadores.

No es la primera vez que hemos hablado de la *Caridad en Avila*, no es la primera vez que hemos hecho notar que allí se

hacian cosas moralmente muy superiores á los medios materiales de que disponian los que las llevaban á cabo, no es la primera vez que hemos enviado plácemes á los que perseveran en el bien y le realizan. «De la Asociacion de Misericordia, dice «uno de ellos, que al principio se juzgó de corta vida, han brotado espontáneamente la Caja de Ahorros, el Monte de Piedad, los premios á la virtud, las Cajas Escolares,» y piensa que el enlace de todas estas cosas es *misterioso*. A nosotros no nos lo parece, vemos en él las armonías del bien, su *pendiente* que se sube para elevarse cada vez más en la esfera del amor de Dios y de los hombres. No se detendrán en ella los hombres benéficos de Avila, á quienes una vez más enviamos el saludo de nuestro corazon consolado.

CONCEPCION ARENAL.

Madrid 13 de Noviembre 1879.

---

## AGUA Y FUEGO.

---

Cuando los severos Senadores de la república romana, que hacian temblar al mundo desde sus sillas curules, querian ordenar con una expresion gráfica el destierro que imponian á los ciudadanos romanos, decretaban la *prohibicion del agua y el fuego*, lo cual equivalia á emprender en el acto el camino del destierro.

En efecto; sin agua y sin fuego no hay vida posible en el reino animal y aun en el vegetal; esos dos elementos lo son esenciales de la vida misma. Desde el hombre, rey de la creacion ó más bien de las cosas creadas, hasta la yerbecilla que pasa desapercibida, todo lo que vive, crece, se desarrolla y muere, necesita para su movimiento vital la humedad del agua y el calor del fuego: la humedad que templá los ardores excesivos, y el calor que da la energía física y hasta moral. El síntoma más evidente de la muerte es la frialdad marmórea del cadáver: la muerte quizá más horrible es la del sediento.

Enfrente de la necesidad de esos elementos vitales y de los beneficios inmensos que procuran á la vida, aparece, sin embargo, el contraste de los males, inmensos tambien, que produce el exceso de agua y el desarrollo excesivo del fuego.

¡*La inundacion y el fuego!*... ¡Qué conjunto de espantosas catástrofes se nos representan encerradas en esas dos palabras! Apenas puede calificarse cuál de los dos elementos es más devastador cuando desarrollan sus fuerzas destructoras.

Río que se desborda; lluvia que se convierte en diluvio; fuego oculto en las entrañas de la tierra que produce el terremoto; torrentes de lava hirviente que vomitan los volcanes; chispa que prende á la Santa Bárbara de un barco magnífico y lo hace volar en pequeñas astillas; máquina de vapor que, falta de válvulas de seguridad, estalla destruyendo fábrica y matando obreros: hé aquí lo que hace el agua tan mansa y tan útil en estado ordinario, y el fuego tan reparador y tan comfortable cuando está prudentemente limitado.

¿Habrá algo inarmónico en esos dos elementos de la naturaleza, que así producen tan grandes bienes y tan espantosos males? Esto pensará tal vez el materialista ó el hombre de limitadas concepciones; el que solo ve aisladamente un mal sin enlazarlo con otros accidentes, y sobre todo sin reconocer en las grandes crisis de la vida material una mano omnipotente que todo lo dirige y que nada puede dirigir hácia el mal porque es la sabiduría por excelencia y la providencia benéfica que vela lo mismo por los grandes movimientos del globo terráqueo y del mundo sideral, que por la vida de la hormiga y por el crecimiento de la florecilla silvestre.

Armonía hay en todo cuanto el hombre vé y contempla, ya sea gozando ó penando; armonía en el agua que calma la sed y que luego inunda una comarca; armonía en el fuego que da calor vital y que despues quema y destruye; ¡siempre armonía conocida ú oculta! Lo que hay es que nuestra limitada inteligencia no puede alcanzar la esencia de esa armonía, porque el Criador, al dar la existencia á las criaturas, se ha reservado el secreto de la marcha de la naturaleza, el verdadero destino de los elementos y las influencias ocultas á que obedecen los movimientos de la tierra y los sucesos físicos y morales que en ella se desarrollan.

¡Pobre del que quiera penetrar más de lo que Dios ha querido conceder al espíritu humano! ¡Insensato el que por haber sorprendido algo de los secretos de la química ó de los fenómenos de la electricidad pretenda saberlo todo, censurando lo que no comprende! Equivaldria (y aun la comparacion es pobre) al mezquino gusanillo que, arrastrándose bajo nuestra planta, se atreviese á disputar al hombre el poder con que le desprecia y fácilmente le aplasta.

Cuando ocurran, pues, inundaciones ó incendios, lamentemos sus efectos, procuremos remediarlos, pero no veamos en esos trastornos espantosos un desórden de la naturaleza; veamos sí un órden que parece desórden, porque no lo comprendemos.

Esto que sucede en el órden físico, sucede también en el moral. En el mundo hay ricos que de todo tienen y pobres que

carecen de todo; favoritos de la fortuna y víctimas del infortunio: sanos y enfermos; goces y privaciones; risas y lágrimas.

¿Hemos de ver en esto una injusticia social?

No: prescindiendo de que la verdadera felicidad no está en el exterior del mundo, sino en el santuario interior del alma, no olvidemos que quien todo lo dispone es una Omnipotencia justiciera, y que algunas compensaciones inevitables tendrá dispuestas en esta vida ó en la otra, para que haya en todo la armonía inherente á la grande y verdadera sabiduría.

No hay pues que quejarse ni de las catástrofes físicas ni de las desdichas morales. El labrador inundado de Murcia que acaba de perderlo todo y el magnate que todo lo posee y de todo goza en este fastuoso Madrid, son dos tipos opuestos de ventura y desventura; como lo son el que goza y el que llora, el que pide pan y el que está hastiado de manjares exquisitos. Entre estos tipos hay una aparente discordancia, la cual encubre sin embargo una armonía justiciera que escapa á nuestra penetración.

En vez pues de abatirnos y lamentarnos, conviene tener siempre presentes tres puntos de vista, base bien segura de acertar, que son: sumision á los designios inescrutables de Dios: resignacion para todo lo que sea dolor propio; y respecto al ageno, fervor compasivo, actividad de amor al prógimo, expansion de toda la ternura que hay en nuestra alma, fraternidad indulgente y cristiana, *caridad* en fin; que quien la tenga verdadera, teniendo además *fé* para creer y *esperanza* para no desmayar, habrá dado el gran paso para contribuir al posible bienestar general.

FAUSTO.

---

## OGER LAURENT.

---

¿Quién es Oger Laurent? Ya no es desgraciadamente; ha sido, y no puede decirse sin tristeza que acabó, y que acabó tan pronto, una vida empleada en cultivar la inteligencia y consolar el dolor.

Laurent se dedicó á la enseñanza de la niñez y de la adolescencia; pero no consideraba el magisterio como un recurso para vivir, como un oficio, ni aun como una profesion, sino como un sacerdocio, y como tal lo ha desempeñado durante veinte años, es decir, la mayor parte de su vida; porque aun no tenia cuarenta cuando Bélgica perdió uno de sus hijos más caritativos é inteligentes. Las funciones del maestro, tales como él las comprendia y las practicaba, bastan para absorber el tiempo y gastar la energia de un hombre aunque tenga mucha; pero él aun hallaba lugar y fuerza para distinguirse como sócio activo en varias sociedades benéficas, y dedicarse asiduamente al ejercicio de la caridad. Dada la

indole de nuestra Revista bajo este aspecto, hemos de considerarle principalmente siguiéndole á los campos de batalla donde le llevó su compasión por las desventuradas víctimas de la guerra. Laurent deja casa, comodidades, discípulos, familia, todo por ir á socorrer á los pobres heridos, y como miembro de la *Cruz Roja* se agrega á una ambulancia: en ella permaneció tres semanas, no tuvo fuerza para más; su sensibilidad era sin duda excesiva para presenciar escenas que tan horribilmente la excitaban, y cayó gravemente enfermo. El recuerdo de lo que habia visto le afectaba de tal modo, que el médico le prohibía que pusiera en orden y ampliase los apuntes que habia tomado durante su permanencia en la ambulancia, y él mismo procuraba olvidar, en cuanto le era posible, aquellas escenas desgarradoras, y no pensó en imprimir sus apuntes. Muerto él, se han impreso, probablemente por las mismas razones que tenemos para traducirlos. *Tres semanas en una ambulancia*, dan idea de Laurent mejor que la más minuciosa biografía, y además, dan idea de la guerra y pueden contribuir á hacerla odiosa. No es un prusiano que acusa á los franceses, ni un francés que acusa á los prusianos: es un belga, un hombre imparcial y caritativo que toma nota de lo que ha visto sin propósito de defender ni acusar, y sin más objeto que poner á cubierto de las flaquezas de la memoria hechos que tanto impresionaban su su corazón.

En el opúsculo que vamos á dar á conocer á nuestros lectores, y que el autor no pensó publicar, no hay arte; pero hay verdad: no es una obra literaria, sino humana, sobre la cual puede meditar el filósofo, disertar el moralista, y gemir el hombre compasivo. Laurent, ni ordenó artísticamente su relato, ni aun consignó en él las reflexiones que los hechos debían sugerirle; pero esta narración sencilla tiene por eso más valor; sin pretensiones de conmover ni de persuadir, hace sentir y pensar.

## TRES SEMANAS EN LAS AMBULANCIAS.

OBRA POSTUMA

de

**OGER LAURENT.**

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### Partida al campo de batalla.

Aprovechando la ocasión de poder disponer de algun tiempo, y animado por el deseo de ser útil á mis semejantes, dejé á Bruselas el 26 de Agosto de 1870, á las 6 de la mañana para dirigirme al campo de batalla. Formaba parte de un grupo de médicos y enfermeros voluntarios, alistados en la bandera de la *Cruz Roja*. Llegamos á Luxemburgo hácia medio día, y el presidente de la Cámara que tuvimos el honor de encontrar en Arlon, nos recibió con mucha benevolencia, instándonos á que nos dirigiéramos á Tréves donde habia 3.000 heridos. Al día siguiente á las nueve de la mañana, bajamos á Wasserbillig, última estación del Luxemburgo, fuimos en coche porque los prusianos habian cortado el camino de hierro.

El aspecto de esta antigua ciudad, antes tan pintoresca, tenia algo de siniestro, y como un aire lúgubre que oprimia el alma: más de cien ban-

deras de la *Cruz Roja* flotaban en edificios públicos y particulares. El silencio que reinaba en las calles nos impresionó profundamente; parecía que entrábamos en un inmenso hospital, porque en efecto, conforme nos habian dicho, de la orilla del Mosela habian llegado allí muchos miles de heridos. A poco de llegar, nos recibió el Presidente de Consejo de Tréves, que dándonos gracias por nuestra solicitud, nos manifestó que el servicio de sus ambulancias acababa de organizarse definitivamente, y que haríamos bien en aproximarnos á los campos de batalla, donde faltaban personas que se olvidaran de sí para pensar en los heridos; nos dió brazales, con sello prusiano y billetes de libre circulacion para el teatro de la guerra, autorizándonos asimismo para visitar las principales ambulancias establecidas en la ciudad. La primera que ví fué la del *Hospital Civil*, cuya direccion se habia confiado á una señora principal, compatriota nuestra, la señora Condesa de R..... que nos condujo á una gran sala con camas de hierro, que ocupaban 20 heridos. Aquellos rostros contraídos por el dolor, aquellos gritos que arrancaba el sufrimiento á muchos desdichados, la palidez de la muerte que les cubria, me produjeron tal impresion, que prorumpí en sollozos..... Quedé como anonadado de horror y de lástima; pero una mano que estrechó la mia, me hizo pronto comprender que debia sobreponerme á esta emocion por interés de los mismos que la producian: hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, y dí cigarros á los menos mortificados, que los aceptaron con una dulce sonrisa de gratitud.

Al dia siguiente á las cinco salimos para Saarbruck. Esta ciudad está unida á Treves por un camino de hierro que va por el valle del Saar. Al pasar por Bukringer vimos un campamento prusiano, donde 15.000 hombres esperaban la órden para dirigirse á la Alsacia; era la primera vez que contemplaba un espectáculo semejante. Figuraos una inmensa pradera cubierta de tiendas y barracas improvisadas; acá y allá fusiles en pabellon, montones de mochilas y otros objetos; aquí soldados preparando el rancho, allí otros cuidando las caballerías; más léjos, sobre el camino de Saarlouis, ví regimientos de Hanoverianos dispuestos á marchar. Estos hombres me parecieron bien tristes, y su aspecto revelaba más pena que entusiasmo: instintivamente pienso en las madres de estos valientes, en sus mujeres, en sus pobres hijos pequeñuelos que han dejado, y que muchos ¡ay! no verán más.

(*Se continuará*).

---

## SOR TERESA

---

Hace algun tiempo leí en *La Correspondencia* uno de esos sueltos que tan frecuentemente publica el periódico noticiero, dando cuenta de un arreglo hecho en el personal subalterno de uno de los centros oficiales de Madrid. En el arreglo, quedaban cesantes unos empleados, otros excedentes, otros eran ascendidos, y otros, por último, ingresaban en la carrera por todo el mundo codiciada, aunque es acaso la más ocasionada á todo linaje de amarguras y sinsabores. Entre estos últimos mencio-

naba el periódico á D. Ramiro N. y N. á quien se le habia agraciado con un destino de ocho mil reales.

¿Es posible? exclamé. ¿Será otro de su mismo nombre? Pero, no puede ser otro: el apellido de Ramiro no es de los más comunes. Pero ¿cómo es posible que un jóven como Ramiro, abogado, hijo de padres ricos, esté de tal suerte atacado del furor de la empleomanía que haya aceptado un destino de ocho mil reales? Ramiro, cuando yo le conocí, era muy juicioso, muy discreto, y así pensaba él en ser empleado como yo en cantarmisa.

Dos años hacia que yo no veía á Ramiro ni á sus excelentes padres y á sus bondadosas hermanas, que vivian en S....., donde los ví la última vez ocupando brillantísima posición. ¿Qué habia pasado en dos años en aquella familia para que Ramiro se viese obligado á aceptar un destino de ocho mil reales?

No podia creer que Ramiro lo hubiese aceptado sin necesitarlo, como dicen que hay no pocos empleados que, teniendo fortuna, quieren tambien tener empleo, privando de esta ventaja acaso á desgraciados padres de familia, dignos é inteligentes, que lo desempeñarían tal vez con más celo y asiduidad. Lleno de curiosidad resolví buscar á Ramiro, y fuíme á la oficina á que habia sido destinado. Ya habia tomado posesion de su destino.

Mucho le alegró mi visita, y habiéndole manifestado mi extrañeza de verle desempeñando tan modesto empleo, díjome con una melancólica sonrisa, que no tenia nada de amarga sin embargo:

—No me extraña que V. no se explique mi actual situacion, porque no sabe V. el cambio que se ha verificado en nuestra fortuna. Hace dos años éramos ricos, teníamos más de lo que necesitábamos para vivir con mucho lujo, y hoy mi madre, mi hermana Luisa y yo, no tenemos otra cosa que los ocho mil reales de mi sueldo, con el descuento correspondiente.

—Pues ¿y su padre de usted?

—No resistió á la pena de ver pobres á su mujer y sus hijos, y le perdimos hace año y medio.

—¿Y cómo vino á perder su fortuna?...

—Amigo mio, seria largo de contar, y hoy no tendria usted tiempo de qué disponer; pero otro dia referiré á usted punto por punto la triste historia. Bástele saber que la perdió por ser hombre crédulo y de buena fé. Bien sabe usted que hay en esta sociedad algunos que no tienen más fortuna que la de los demás. Dotados de buen golpe de vista, concedores de los hombres y del Código, explotan á aquellos que les parecen bastante inocentes, y evitan con incomparable habilidad incurrir en responsabilidades legales. Son ladrones que todo el mundo sabe que lo son, pero que la justicia no halla medio de perseguirlos, y, al contrario, todo el mundo los trata como si fueran

hombres honrados, y hacen en la sociedad gran papel, con la ayuda del dinero, que siempre ha sido es y será *poderoso caballero*, como dijo el señor de la Torre de Juan Abad. Pues uno de esos hombres dió al traste con toda la fortuna de nuestro padre, y gracias á Dios que no le quitó la honra.

—¡Qué desgracia y qué horrible crimen!

—¡Cuántos, amigo mio, llevan al pié el grillete del presidario, habiendo cometido delitos menos graves!

—¿Y su madre de V. y sus dos hermanas?

—Mi madre y mi hermana Luisa viven conmigo en el barrio del Pacífico.

—¿Y Teresa?... pregunté con temor de afligir á Ramiro, pues cuando no me la habia nombrado suponía yo que habria muerto.

—Teresa, contestó, Teresa es la más feliz, y á ella debemos mi madre Luisa y yo, la resignacion cristiana con que llevamos nuestra desgracia.

—¿Se casó Teresa? Recuerdo que cuando yo estuve en S..... hablábase de su enlace con un hijo del banquero R.... ¿Se casó y es dichosa?

—No se casó; cuando nuestro padre quedó arruinado, el prometido de Teresa demostró bien claramente los móviles que le guiaban. Empezó un viaje, escribió al principio con frecuencia, luego de tarde en tarde, y por último, no escribió.

Mi madre, Luisa y yo viviamos una vida horrible. Lo poco que nos habia quedado iba desapareciendo, y con espanto veíamos llegar el fin de todo recurso. Yo procuraba trabajar en mi bufete, pero todo el trabajo que tenia era en beneficio de pobres que no podian pagarme con otra cosa que con bendiciones, recompensa preciosísima, pero con la que no podia sostener las obligaciones de mi casa. Con nuestras relaciones no podiamos contar gran cosa, porque desde que nos quedamos pobres comenzamos á notar en todos cierto desvío, y cierta compasion, no la compasion de la santa caridad, sino la compasion ofensiva del desden y el orgullo. A algun amigo de mi padre fuí á visitar con objeto de pedirle que me proporcionase una colocacion en alguna empresa comercial, y antes de que le expusiese mi pretension, me ofreció cinco ó seis monedas de cinco duros, una limosna por una vez, para librarse, sin duda, de mi molesta visita. Y mi madre y Luisa cada vez más prostradas, enfermas, desesperadas, desconfiando hasta de la Providencia, que así son injustos los que no están acostumbrados á sufrir. Teresa era la más animosa. Ella, que habia sufrido la horrible pena de un tristísimo desengaño de amor, ella, más desgraciada que nosotros, más gravemente herida en su corazon y en su dignidad por un miserable, ahogaba sus penas en el fondo de su pecho, y la suya era la única sonrisa que se veia

en nuestro pobre hogar. Ella nos cuidaba á todos, guisaba sin haberlo hecho nunca, y suplía con ventaja á las criadas que huyeron de aquella casa donde la escasez habia reemplazado á la abundancia y al derroche. Al fin, una persona de S..... que supo nuestra situacion, aunque no nos conocia, me ofreció, mientras hallaba otra cosa mejor, un sueldo de veinticinco duros mensuales por llevarle la correspondencia. Era este un pretexto para darme el sueldo, porque su correspondencia era escasa; mas para que no me ofendiese si no me daba un trabajo proporcionado á la paga, hacía-me leerle los periódicos y algunos libros de historia. Dios le pague el bien que me hizo. Con los quinientos reales hemos vivido allí algunos meses estrechamente, muy estrechamente, pero hemos vivido, gracias á Teresa, que es un modelo de orden y economía. Pero mi madre y Luisa seguian llevando muy mal la miseria en que nos hallábamos, sufrían mucho, y no bastaban todos los heróicos esfuerzos de Teresa, sus reflexiones inspiradas en el más tierno afecto y en el más elevado espíritu cristiano, para consolar á mi madre y á mi hermana mayor de la pérdida de aquellas comodidades, de aquellos placeres, de aquel bienestar de que nos vimos privados tan repentina é inesperadamente como si una horrible tromba hubiera pasado violenta arrasando y llevándose al abismo nuestra casa.

Un dia, Teresa nos dijo que habia pensado mucho y tomado una resolucion irrevocable, la de separarse de nosotros para no sernos gravosa.

—Una boca ménos,—dijo con su celestial sonrisa,—en una casa donde no hay más que lo poco que en la nuestra, es un gran alivio para los demás de la familia. Todos los apuros nuestros son porque somos cuatro, y para cuatro no hay bastante con veinticinco duros al mes. Habria, si no estuviéramos acostumbrados á mucho más; y aunque hubiera no habria más que estrictamente para el gasto ordinario imprescindible de pagar la casa, mal comer y peor vestir, y nunca economizaríamos un duro para un caso imprevisto, para una enfermedad, por ejemplo, que es lo más temible. Así, pues, yo me separo de vosotros; pero no me voy léjos, os veré todos los dias, os consolaré como ahora, os serviré tambien que, aunque otras obligaciones voy á contraer, siempre me quedará una hora en que atenderos.

Mi madre, Luisa y yo, protestamos contra su propósito: hubo allí una escena tiernísima de lágrimas, de dulces reconvencciones, de conmovedores afectos; pero Teresa, colmándonos de caricias, insistió en su resolucion.

Y ocho dias despues, Teresa era hermanita de los pobres. De tal suerte gestionó su entrada en ese benéfico instituto, digno de admiracion y respeto, que allanáronse todas las dificult-

tades que hubieran podido retrasar su ingreso, y admitiéronla entre las hermanas, conociendo, sin duda, la verdadera vocación y las singulares aptitudes de la neófito.

—¡Y qué elocuente lección nos dió!—continuó Ramiro.—Entrando á servir á los pobres, á los pobres llenos de miseria, de andrajos, nos hizo ver que todavía existían pobres más pobres que nosotros, más desgraciados; porque no tenían familia, ni más esperanza que la caridad: nos puso de manifiesto cuán injustos éramos desconfiando de la Providencia, y cuán soberbios rebelándonos contra nuestra suerte. Muchas veces íbamos á verla á la casa de las Hermanitas, y allí, viendo á Teresa cuidar á aquellos viejos, gruñones los unos, asquerosos los otros, ingratos algunos, viéndola sonreír siempre, desprendida de toda vanidad mundana y hasta olvidada de haber poseído los goces y las comodidades de la fortuna, mi madre, Luisa y yo, hemos adquirido también el supremo bien de la resignación y la conformidad. Esto quería Teresa, esta tranquilidad deseaba para su madre y su hermana, que acaso habrían muerto de dolor, no pudiendo conformarse con su suerte, si Teresa, por tan generosa y discreta manera, no les hubiera puesto á la vista aquel sublime ejemplo.—¡Bendita sea Teresa, mi hermana de mi alma,—añadió Ramiro, saltándole las lágrimas.—Por ella tengo madre y tengo hermana; por ella hemos aprendido á tener orden y economía, y ahora que tenemos ocho mil reales, vá á verse cómo aún nos sobra algo al cabo del año para el caso de una enfermedad. Solo falta ahora para nuestra felicidad, que felicidad es contentarse con lo que se tiene y sufrir con paciencia la adversidad, que Teresa venga á Madrid como esperamos y ella desea. No hay que pensar que abandone su caritativa ocupación, porque dice que nunca ha sido tan feliz como siendo más pobre que los pobres sus hermanos; pero será para nosotros gran consuelo verla todos los días.

Dios ayudará á Ramiro. Es inteligente y honrado, y buen hijo y buen hermano, y además de todo esto tiene una hermanita de los pobres que constantemente pide á Dios para su madre y sus hermanos.

He visto después á la madre y la hermana de Teresa y Ramiro, y me ha conmovido profundamente la tranquilidad con que viven en la pobreza.

—Nosotras, Luisa y yo,—dice la excelente madre,—no sabíamos ser pobres. Teresa, nuestra amada Teresa, nos ha enseñado, y nos ha hecho un beneficio material y moral inmenso. No ha podido devolvernos la fortuna perdida, pero nos ha devuelto la felicidad en otra forma que la que tenía cuando la conocimos. Esta es acaso más segura y duradera que la otra.

ANDRÉS.